

Las implicaciones de la desigualdad en la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia



Santiago Álvarez Cantalapiedra
 Director de FUEM Ecosocial y de la revista
*Papeles de relaciones ecosociales y cambio
 global*

El incremento de la desigualdad preocupa cada vez más y se ha hecho con un hueco, después de décadas de omisión, en las investigaciones de renombrados economistas (Stiglitz, Mila-novic, Piketty, etc.) y en las agendas de los principales foros económicos (FMI, OCDE, World Economic Forum, etc.). Sin embargo, en España el debate no termina de arrancar a pesar de ser el país con mayor desigualdad de la eurozona y el lugar de la UE-15 donde más han crecido las diferencias entre el 20 % más rico y el 20 % más pobre (sobre todo si se analiza la evolución entre la población con menos de 65 años). Que quede elidida esta cuestión es particularmente preocupante por las importantes conexiones que tiene con la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia.

Para percibir estos vínculos hay que analizar el fenómeno de la desigualdad combinando tendencias de fondo con factores específicos que explican su evolución en un contexto particular. Entre las tendencias profundas, se encuentran la mundialización y la integración de China y otros países asiáticos al capitalismo globalizado en la medida en que han modificado la distribución mundial de los ingresos. Entre los factores más específicos, nos encontramos, para el caso de Europa, con las políticas de ajuste que se han venido aplicando desde que la crisis del año 2007 se tornara en una crisis del euro y de la deuda soberana. De todos estos elementos, los primeros –de mayor hondura y carácter estructural– tienen un efecto directo en la distribución primaria de la renta, mientras que los segundos inciden sobremano en la redistribución regresiva del ingreso disponible reforzando así las tendencias de fondo de la desigualdad.

Los factores más estructurales (o de fondo) que determinan la desigualdad exigen pararse a contemplar lo que ha ocurrido en la economía mundial. La era de la globalización, que podemos convenir que se extiende desde la década de los ochenta del siglo pasado hasta la actualidad, ha tenido sus «ganadores» y sus «perdedores», y esta desigual fortuna para unos y otros se convierte en la razón principal del importante incremento de la desigualdad que se ha experimentado en las últimas décadas.

Ganadores y perdedores

En este punto suele surgir una enorme confusión al no precisarse oportunamente si la desigualdad se refiere a diferencias sociales o a diferencias entre países, o si al hablar de «ganadores» y «perdedores» se está haciendo alusión a clases sociales o a naciones. Quien pone su foco de atención en las naciones verá en la globalización y en el dinamismo económico de los países emergentes la prueba de que la desigualdad, lejos de incrementarse, se está

atenuando. Sin embargo, los que observan la cuestión desde el punto de vista de las clases sociales concluirán que hemos entrado en una era de desigualdad sin precedentes. Ambas apreciaciones, en apariencia profundamente contradictorias, tienen, sin embargo, su parte de verdad. En cierto modo tiene sentido afirmar que vivimos hoy en un mundo con una brecha social sin parangón aun cuando la desigualdad entre las naciones no sea mayor que la acontecida en otras épocas.

De ahí que haya que precisar un poco más. La mejor forma de hacerlo es respondiendo a la pregunta sobre dónde se sitúan los ganadores y perdedores de la globalización. Branko Milanovic lo ha dejado claro al referirse a la diferente trayectoria y suerte que han experimentado dos tipos de clases medias. Entre los ganadores se encuentran las clases medias de China, la India y otros países asiáticos. Son varios cientos de millones de personas, relativamente pobres en relación con los miembros de la clase media occidental, las que han visto cómo sus ingresos se multiplicaban por dos en el transcurso de un par de décadas. Sin embargo, hay otra clase media, esta vez situada en los países desarrollados, que está viviendo una situación diametralmente opuesta: sus ingresos se han estancado y está sufriendo un continuado deterioro en sus condiciones de vida.

Esta evolución dispar de las clases medias en una y otra parte del mundo no es buena desde el punto de vista ecológico. La trayectoria de la nueva clase media mundial emergente, situada básicamente en los países asiáticos, representa una presión adicional sobre la maltrecha salud de un planeta ya muy deteriorado por los estilos de vida occidentales. La incorporación de estos sectores sociales a la clase consumidora mundial implica un impacto ecológico añadido al ejercido históricamente por los consumidores de los países más ricos. Por otro lado, el estancamiento, cuando no el retroceso, de los niveles de vida de esa otra clase media y baja situada en los países desarrollados hace más difícil iniciar en sus sociedades transiciones hacia unos estilos de vida respetuosos con la naturaleza. Las cuestiones medioambientales suelen quedar relegadas en la agenda frente a reivindicaciones centradas en la defensa del empleo o del nivel de ingreso, y las solicitudes de una reestructuración del aparato productivo para hacerlo más sostenible quedan desplazadas por la urgencia de reactivar el crecimiento económico con los patrones existentes.

Cohesión social y democracia

Tampoco salen bien paradas con estas tendencias la cohesión social y la democracia. La desigualdad se ve im-

pulsada porque las ventajas económicas son acaparadas principalmente por los más ricos. Esto ocurre tanto en los países desarrollados como en los países más pobres. En las sociedades occidentales la concentración del poder y la riqueza en pocas manos corre pareja al estancamiento de las mayorías, con la amenaza que esto supone a la cohesión y el riesgo que comporta de «separatismo social» de unos ricos que perciben que sus intereses están cada vez menos vinculados a la suerte de sus propios conciudadanos y más a cómo evolucionen las condiciones de vida de unos asalariados que viven fuera de sus fronteras. La democracia en estas circunstancias se resiente profundamente: por un lado, porque es mayor la influencia política de los ricos a medida que concentran más poder y riqueza, transformándose la práctica democrática en una auténtica plutocracia; por otro, porque las clases medias y populares que ven amenazada su existencia pueden inclinarse hacia opciones populistas como consecuencia del vaciamiento y la deslegitimación de la democracia.

¿Hay alguna forma de esquivar estos procesos de deterioro? Sí, si se pusieran los acentos en la redistribución y en la necesidad de una transición socioeconómica con parámetros más sostenibles. Sin embargo, lo que se observa, al menos en Europa, es desgraciadamente lo contrario: las políticas económicas que se vienen aplicando para afrontar la crisis profundizan la desigualdad en vez de combatirla. Valga el caso de España. La devaluación salarial ha culminado un proceso, que se inició hace ahora tres décadas con el inicio de las políticas neoliberales, de retroceso de las rentas del trabajo en el PIB. Además se ha centrado en los segmentos más modestos y vulnerables de la clase trabajadora, conviviendo con una apertura del abanico retributivo. Como consecuencia, hemos asistido en los últimos años a un aumento de la desigualdad salarial que ha conducido a que la relación entre el sueldo del ejecutivo mejor pagado de una empresa y el salario medio de un empleado de esa misma empresa se haya disparado (esa relación es de 89,25 veces para el total de las empresas del IBEX 35). En estas condiciones, para muchos ni siquiera el acceso al empleo es ya garantía de nada: la figura del trabajador pobre, que a pesar de tener unos ingresos más o menos regulares no consigue cubrir las necesidades de su familia, es ya una realidad en nuestro país. El porcentaje de asalariados y asalariadas que ganan una cantidad igual o inferior al salario mínimo interprofesional (8.979 euros anuales en el 2012) se ha duplicado desde el año 2004, alcanzando el 12 % de toda la población trabajadora, provocando que España –junto a Rumanía y Grecia– sea el país en el que sus trabajadores tienen mayor riesgo de caer en la pobreza de toda la Unión Europea.

Dichas políticas están consiguiendo que la desigualdad estructural profunde aún más en los países del centro y la periferia de Europa al tiempo que incrementa la brecha de la desigualdad interna en cada nación, comprometiendo con ello la sostenibilidad, la cohesión y la democracia en el viejo continente.

Gobernar para la sostenibilidad

El 7 de noviembre se presentaba el informe *Gobernar para la sostenibilidad*, versión en castellano del informe anual de *La Situación del Mundo 2014*, elaborado por el Instituto Worldwatch y coeditado en España por Fuhem Ecosocial e Icaria. En dicho informe se enfatiza sobre «la responsabilidad de los actores políticos y económicos para alcanzar la sostenibilidad, resaltando el potencial de la ciudadanía para realizar cambios significativos hacia la sostenibilidad, mostrando así por qué la gobernanza efectiva de sistemas debe ser inclusiva y participativa, permitiendo a sus miembros tener una voz en la toma de decisiones».

Dividido en tres secciones (introducción, gobernanza política y gobernanza económica), el documento detalla la necesidad de poner en marcha nuevas políticas y economías con una visión global de las ideas, los mecanismos y las políticas que necesitaremos para implementar la sostenibilidad a escala nacional y mundial.

Además, la edición española posee la inclusión de un capítulo extra, escrito por el profesor de sociología Ángel Calle Collado, en el que se retoma el concepto de bienes comunes, en cuya economía «podemos encontrar la semilla de una nueva sociedad basada en una profundización de la democracia y en la sostenibilidad ecológica».

